

Marcio Veloz Maggiolo

EL BUEN LADRON

PRÓLOGO DE
ANTONIO FERNANDEZ SPENCER



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

ARQUERO
Ciudad Trujillo, R.D.

1960

EL BUEN LADRON

A mi gran
Amigo Hco. Katus
Familiares con el mejor
aprecio de:

[Handwritten signature]

90/20/60

17526 - 20
lig
Inv. 2078

Colección

ARQUERO

BNOK
PO-RV
RD 863.44
V443b
e2

(Verso y Prosa)

DIRIGIDA POR
ANTONIO FERNÁNDEZ SPENCER

- I. Veloz Maggiolo (Marcio): *El sol y las cosas.*
- II. Fernández Spencer (Antonio): *Bajo la luz del día.*
- III. Ruano, O. C. D. (P. Nazario): *Matrimonio.*
- V. Avilés Blonda (Máximo): *Las manos vacías.*
- VI. Fernández Spencer (Antonio): *A orillas del filosofar.*
- VII. Veloz Maggiolo (Marcio): *El Buen ladrón.*

SE PUBLICARÁN PRÓXIMAMENTE:

- IV. Sánchez Lamouth (Juan): *Introducción a la tristeza.*
- VIII. Reyes (Ramón Emilio): *El testimonio.*





Viñeta del Autor

Copyright, 1960 by Marcio Veloz Maggiolo

Editora del Caribe, C. por A.



BN
863.44
V443bu

SIGNIFICADO DE LA NOVELA *e.4* A C T U A L

(¿POR QUÉ CREAMOS MUNDOS IMAGINARIOS?)

LA GRAN NOVELA ACTUAL ES novela de lucha y de problemas. El aventurero errante —como dice René-Marill Albères (1)— se ha convertido, en esta época sombría, en héroe. El hombre de hoy descubre que la sociedad es el gran enemigo, siempre dispuesto —por mala fe, farsa moral o intelectual— a estrangular en su cuna toda expresión de vida noble.

Cristianos y ateos tratan de desentrañar la finalidad o la falta de razón de ser de la existencia. En nuestro momento, un personaje que sólo sea un matón de caminos, sin radical proyección teórica, está condenado a pasar como un soplo imperceptible por la consciente atención de sus lectores.

(1) René-Marill Albères, *La rebelión de los escritores de hoy*, "Emecé", Buenos Aires, 1953.

Reg. No.

001687



Compra

Martín Borg 24-72

En la literatura —drama, novela, ensayo, poesía— el lector de nuestro presente histórico busca respuestas a las múltiples preguntas que suscita el drama de la existencia humana en el mundo. Toda vida es un problema que se resuelve entre el abismo de la nada y la esperanza de eternidad. La crítica, pues, de los escritores coetáneos está dirigida a despertar en el hombre la consciencia del inminente fracaso que provoca el impacto de la sociedad sobre el individuo. Decía Unamuno que entre las virtudes teologales faltaba la siguiente: despertar al dormido. Y esa es la misión fundamental que debería cumplir el pensamiento en nuestros días. La literatura ha de despertar al hombre del sueño cotidiano en que perezosamente transcurre su existencia. Debe enfrentarlo con el significado de su vida.

Ahora bien, para conseguir ese efecto en el público el novelista se ve obligado a entregarnos un mundo verosímil. Sabemos, no hay duda de ello, que los personajes de una novela son imaginarios y que sus penas y los más trágicos acontecimientos novelescos son el resultado de la pura ficción. El

lector está enterado perfectamente de que Raskolnikoff y Don Quijote no existen. Sin embargo, el aficionado a la literatura protesta si esos entes, productos de la ficción, no actúan coherentemente. Nada hay de extraordinario en ello, porque en la novela, como en el juego, tenemos que someternos a las reglas que hacen posible su existencia. El novelista puede expresar el capricho y el azar, pero sus protagonistas no deben ser movidos caprichosamente en el desarrollo de la novela. ¿Pero cómo se justifica el enfado del lector si considera fracasado el proceso novelesco de esas vidas fingidas que son, por ejemplo, Eugenia Grandet o el Doctor Rieux?

Para obtener cabal respuesta a esa interrogación debemos tener presente que el mundo es, según Ortega y Gasset, un horizonte cuyo centro es el individuo. Y estos dos ingredientes constituyen la perspectiva básica de la vida. Pero no existe en el mundo un solo individuo y un solo horizonte. Como se colige de lo dicho, el haber hallado esa estructura de la realidad nos permite comprobar que el prójimo se siente también centro de otro horizon-

te. Ahora bien: nuestra perspectiva que, por otra parte, se nos presenta como primaria, tiene que articularse, para convivir, con las perspectivas virtuales que son las vidas de los otros.

Además, cada vida es lo que cada cual vive. No puedo saltar, por las buenas o por las malas, de mi vida a la de otro, porque cada vida humana es hermética y sólo, ante esa realidad inconquistable, nos atrevemos a conjeturar que existe cerrada hacia sí misma. Nadie, pues, puede vivir la vida ajena. Los dolores del prójimo sólo él puede sufrirlos y sus momentos de felicidad nada más que a éste le pertenecen. Ese radical solipsismo en que consiste nuestra vida nos acostumbra a ser ciegos para el drama por el que también se hace toda existencia ajena. Estamos egoístamente entregados al transcurrir de nuestra propia vida y esa situación cancela la posibilidad de que notemos al prójimo. Y, sin tener percepción de éste, ¿cómo podemos entenderlo? ¿Qué esfuerzo tiene que hacer cualquier hombre para entrar en el conocimiento de esa otra vida humana que entrevemos sumergida en su extraño hermetismo?

Sólo por un acto de sorprendente transmigración creado por nuestra facultad imaginativa logramos alojarnos en el centro del mundo que es el otro individuo. Para ello tenemos que hacer efectiva una transitoria negación de nuestra propia vida «para —con palabras de Ortega— intentar renacer en el prójimo» (2). Pero he ahí que si no imaginamos previamente lo que una cosa es no tomaremos posesión de ella por medio del conocimiento. Es indudable que si he de manejar las cosas debo conocer la función en que cada una de éstas consiste. Para transitar por la realidad, dice Julián Marías, no tengo más remedio que imaginármela. «Se entiende, por ejemplo, lo que es un objeto, una pluma, un vaso, un cuchillo, anticipando en la imaginación la función vital que es beber o cortar, viendo el objeto en cuestión ejecutando virtualmente esa función; si yo muestro una pluma a alguien que no sepa qué es escribir, que no conozca esa posibilidad humana, jamás verá una pluma» (3).

(2) José Ortega y Gasset, *Caracteres y circunstancias*, "Afrodisio Aguado", Madrid, 1957, pág. 17.

(3) Julián Marías, *La imagen de la vida humana*, "Emecé", Buenos Aires, 1955, pág. 12.

Pero la vida humana no es cosa y no puedo reducirla imaginativamente a una función. Sólo la iré entendiendo de un modo preciso si consigo narrarla. También toda vida humana, como se puede confirmar, está situada en un "aquí" y en un "ahora" por los que raramente pasa el vivir nuestro. Aun viviendo, pues, en el centro de la vida aiena, gracias al acto imaginario señalado, se nos presenta ésta primariamente como secreto y geroolífico. Y, por lo demás, no existe ningún método que nos permita «acertar con la clave arcana de una existencia aiena» (4). Y es esa dificultad de introducirnos en los otros lo que, indudablemente, justifica la tendencia del hombre a duplicar la realidad por medio del arte y de la literatura. Porque, sin disputa, al través del teatro o de la novela podemos seguir demoradamente las huellas que van dejando unos sujetos surgidos de un mundo de ficción. En el drama vemos en todo su crecimiento las vacilaciones de Hamlet o el progreso de los celos de Otelo hábilmente conducido por las insinuaciones con-

(4) José Ortega y Gasset, *Op. cit.*, pág. 13.



vincentes de un Yago sutil y pernicioso.

*Esas vidas del teatro o de las novelas nos obligan, si llegan a apoderarse de nuestra atención, a suspender, como ya dijimos, la existencia de nuestro ego por unas horas y nos incitan a perseguir desde dentro las acciones, tal vez admirables, de unos personajes que también son centro de un horizonte como cada uno de nosotros. Esto lleva a pensar que en la épica o en la historia, por ejemplo, llegamos, a veces, al conocimiento de la vida completa de un personaje o de una nación. De esa manera, la novela y el teatro (por darnos vidas imaginarias en su proyección dramática) pueden ser un método que nos sirva para acercarnos a la posible intimidad del prójimo. Y es, sin duda alguna, la necesidad que tenemos de saber qué es esa otra existencia lo que justifica que entreguemos horas de nuestra propia vida —que ya no volveremos a vivir— a la tarea fantástica de ansiosamente conocer las peripecias novelescas de Meursault, el antihéroe de Camus en *El extranjero*, o el mundo diabólico de que es víctima Mouchette en *Bajo el sol de Satán*, de*

Bernanos. En el teatro o en la novela conseguimos penetrar de manera radical en lo más secreto de unas vidas. Por la literatura participamos desde dentro, sin riesgo para nuestro yo, del proyecto de vida de otro. Y el que no es capaz de ese altruísmo no consigue jamás gozar plenamente la literatura. Ya Unamuno, como hizo notar Julián Marías (5), puso de manifiesto en la primera mitad de este siglo que contar la vida es un modo, tal vez más profundo, de vivirla.

En una novela de nuestra época ha de revelarse la persona. Ya no puede ser ese género literario, como en el siglo XIX, expresión de lo biológico, de lo psicológico y de lo social. Balzac, verbigracia, podía enmarcar sus personajes en la sociedad francesa de su tiempo; Dostoyevsky pasó su mirada indagadora por el alma de los suyos y por el sentido general de la creencia del hombre ruso.

Actualmente Lagerkvist, Troyat, Jean Cabriés tratan de darnos en sus narraciones el drama de unos hombres reales. El buen novelista de hoy,

(5) Julián Marías, *Miguel de Unamuno*, "Espasa Calpe", Madrid, 1943, pág. 67,

PRÓLOGO

como los grandes maestros del pasado, no nos ofrece personajes prefabricados y, por tanto, invariables. Nos pone en condición de interesarnos por los sucesos de una vida y, desde luego, nos deja que desde nuestra atención de lector adquiera esa vida ficticia su significación más exacta.

La vida humana para Mauriac, Sartre, Malraux, Graham Greene, Ciccognani, Castillo Puche es una prueba que ha de efectuarse sin interrupción hasta el fin. El hombre quizás se equivoque de ruta, pero sólo hay una que lo compensa todo: la ruta en que se hace indefectiblemente el propio proyecto de nuestra vida. Puede sentirse ser un asaltante de camino con desmedida ambición, como el Denás de El buen ladrón, de Marcio Veloz Maggiolo, o considerarse a sí misma como irremediable prostituta, como Midená, o creyente supersticiosa de un Jehová implacable, como la madre de esos pobres aventureros zarandeados por la mano ruda de los sucesos, mas por el advenimiento de la verdad divina, representada en la persona del Dios hecho Hombre del cristianismo, alcanza



la salvación al comprender el fin trascendente de la vida.

Desde hace treinta años aproximadamente la presencia de la novela en los países de alta cultura parece asegurada. La quiebra de los mundos imaginarios, con certitud diagnosticada en su momento por Wladimir Weidlé (6), ha dejado de ser un hecho vigente en la literatura mundial. La novela ocupa hoy un puesto importante en las atenciones de los lectores franceses, alemanes, ingleses, italianos, norteamericanos y en el Mundo Hispánico en los últimos quince años se viene manifestando una gran avidez por el relato puramente novelesco.

Ahora es indispensable hacer constar que a esa recurrencia de los mundos imaginarios contribuyó grandemente la especulación filosófica. Una filosofía más en contacto con lo viviente abre el camino a nuevos descubrimientos de vetas novelescas no tocadas antes por la imaginación creadora. Si en cierto lapso los escritos de Scheler, Gundolf, Croce, Ortega y Gas-

(6) Wladimir Weidlé, *Ensayos sobre el destino actual de las letras y las artes*, "Emecé", Buenos Aires, 1943.

set, como certeramente señaló Weidlé (7), ocupaban los primeros puestos en el panorama de la literatura del mundo, a su vez algunos de esos mismos escritores de alta teoría iban preparando, sin percatarse de ello, el clima filosófico, ético y sentimental de donde había de surgir necesariamente una nueva novelística. Los métodos de investigación acerca de la vida humana creados por los existencialistas han dotado al crítico y al novelista de posibilidades de análisis inéditas con las que se muestran más diestros en el conocimiento de las vivencias personales del hombre como realidad existente. La filosofía de la razón vital, con su fecunda aplicación de lo narrativo como método para averiguar el contenido último y decisivo de la vida, ha de ser un instrumento que sirva eficazmente, por lo menos, a los novelistas hispánicos. En los tiempos que corren la novela ha comenzado a desentenderse del documento (adviértase el eclipse del auge de la biografía) e inventa vidas imaginarias que sirven para volver a replantear los grandes problemas del amor y la muerte, de la fugacidad del

(7) *Ibid*, pág. 16.

instante y la eternidad, del bien y del mal, del ser y la nada. En el horizonte novelesco también hace su aparición el problema de Dios. Para muchos novelistas actuales una gran novela sin Dios no tiene sentido. Y ésta es quizás la secreta razón por la cual el ateo Jean Paul Sartre esté tan preocupado por el Diablo y Dios.

Es de ese ámbito problemático de la novelística actual de donde parte Marcio Veloz Maggiolo para crear, con la madre de su novela El buen ladrón, el personaje, visto desde la psicología y el arte, más coherente de la literatura dominicana.

Marcio Veloz Maggiolo no inventa esquemas ideológicos, sino que, intuitivamente, crea personajes vivientes. Personajes con vacilaciones, plenos de dinamismo, sorprendentes en sus transformaciones como la vida misma. La anciana madre de Denás está finísimamente retratada a lo largo de toda la novela. En todo momento el lector nota que es un personaje que desde hace tiempo vive el ocaso de su existencia. En cualquier frase de la novela se percibe perfectamente la movilidad de su ánimo. Hay un momento,

al comenzar su narración, en que dice: «Quizás mi edad avanzada no puede permitirme que yo realice nuevas empresas». Pero no queda fijado este personaje femenino en esa frase. Al través de las páginas, mediante confesión de la misma madre de Midená, nos enteramos de la transformación de una vida vulgar —de madre consentidora, por ignorancia— que llega a comprender el sentido ético de toda vida humana.

La madre de Denás es una pobre hebrea que, de acuerdo a las enseñanzas antiguas, no cree en la resurrección. Ella sólo posee la imagen de un Jehová implacable, y, por tanto, no llega a compenetrarse con el nuevo estilo de vida esperanzada que inaugura el cristianismo. Denás es un enfermo (epiléptico), cuya enfermedad y el azar, ingredientes de la vida, le llevan a ser un ladrón cada vez más audaz, y que no podía sospechar que la presencia atrayente de Jesús lo haría partícipe en el drama del Gólgota.

Midená es la prostituta que surge de un medio social misérrimo, y que, por efectos de la gracia, redime y purifica su cuerpo y su alma. Pero el au-

téntico drama es el de la madre de Denás y Midená. Ella no puede comprender a Cristo. La radicalidad de su existencia novelesca consiste en que tiene formada su alma por la tradición del viejo testamento, y no alcanza a explicarse la redención de que han sido protagonistas sus hijos. Si Cristo es Dios, piensa, y resucitó, no hay ningún mérito en ello, porque un Dios puede hacerlo todo. Si él aceptó morir sabiendo que resucitaría, realizó un extraño juego sin mérito alguno ante las leyes de la vida. En cambio Denás al morir, sin prever la resurrección, sí murió verdaderamente y fue un héroe. Para esa hebrea, nutrida de las antiguas creencias, la muerte de Denás es la muerte verdadera; para ella la de Cristo es una muerte representativa, simbólica y, por tanto, falsa.

Y esa incompreensión de la madre de Denás ante el misterio de la resurrección es el drama desconcertante en que consiste el cristianismo. No es sólo un problema que pudo suscitarse allá en el comienzo de la Era Cristiana, sino que actualmente sigue siendo el punto discutible y sorprendente del momento histórico y espiritual inicia-

do por Cristo. Además, sólo aquel que se aferra a la esperanza de la resurrección, confiando en la promesa del Redentor, es, en realidad, cristiano. Y ser cristiano es lo más difícil de ser en este mundo embriagado de certidumbre material y de ciencia. Pero solamente trascendiendo toda ciencia, como enseña San Juan de la Cruz, se palpa la verdad de la inmortalidad y se llega al seno infinito de Dios.

¿Y esa es la enseñanza de la novela de Marcio Veloz Maggiolo? . . . No, esa es la enseñanza del cristianismo. Y teniéndola en cuenta ha escrito Veloz Maggiolo la novela más hermosa y problemática de la literatura dominicana.

Por otra parte, Maggiolo nos enseña que un dominicano puede desenvolver magistralmente los temas universales y hacerse dueño de ellos. Y también nos da otra enseñanza, importante para la realización de nuestra personalidad: «cada uno debe seguir el camino elegido».

En seguir ese camino consiste la auténtica vida humana. Pero sólo es verdadero camino humano el que nos

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

conduce al Sumo Bien, que es, sin duda alguna, la manifestación más palpable de Dios en la tierra.

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

EL BUEN LADRON

34 *No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido a meter paz, sino espada.*

35 *Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra.*

36 *Y los enemigos del hombre serán los de su casa.*

37 *El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.*

San Mateo. Capitulo 10.

Sagradas Escrituras.



EN EL PRIMER MOMENTO ME sorprendió aquella escena imprevista, aquel macizo golpe sobre mi corazón de madre enferma y vieja. Mis párpados cansados y tristes se hicieron plúmbeos al ver el cuerpo de mi hijo extendido como un tronco derribado por el viento negro del desierto.

¡Sus manos y sus pies estaban destrozados! Describir esa desoladora visión es casi imposible para mi alma; sólo sé que mis ojeras se tornaron oscuras, porque pude verlas más tarde, cuando introduje mi rostro sudoroso en la vasija de agua fresca buscando un poco de calma. Luego me repuse.

¿Se puede llamar reponerse a la resignación larga y terrible de una madre que vió crecer a sus hijos a fuerza de esperanza y desgracia?... Entonces me repuse.

Alguien me ha dicho cómo fue todo. También yo puedo decir algo, porque ya presentía una desgracia aproximarse a nuestra casa, siempre triste y humilde.

Mi hijo Denás me hablaba últimamente de una manera distinta; decía que un tal Jesús, crucificado hace tres días, habíale cambiado por completo. Nunca quise rebatir sus creencias, pero luego comprendí que éstas comenzaban por variar nuestro sistema de vida, tan sencillo y corriente. Tuve entonces que oponerme a ellas. Mi soledad no era capaz de concebir un hijo de Dios que pidiese tantas cosas a la vez. Y Denás se empeñaba en cumplirlas, aunque no logró hacerlo a cabalidad y ese empeño duró muy poco tiem-

po. Asimismo, mi hija Midená trataba de hacer otro tanto. Quise entonces conocer a ese Jesús; le vi predicando en Jerusalén y me pareció un hombre corriente, tal vez mucho más común que los demás hombres; era feo, flaco, llena de manchas su túnica y sucio por el polvo recogido en caminos y aldeas. Hablaba de su padre y eran pocos los que entendíanle, entre éstos estaba yo. Su palabra fue clara, y, sin embargo, no pudo convencerme, porque a pesar de las afirmaciones de Géster yo había visto muchos oradores superiores a ése. Quizás mi edad avanzada no puede permitir que yo realice nuevas empresas y por ello las palabras del crucificado no surtieron en mí el efecto que en otros, o tal vez lo repelí porque nuestro Dios, el Dios de los judíos, no es igual a como lo predicó éste, que bien pudo ser uno de tantos impostores.

Midena le ha seguido, esto es, ha seguido a los que con él andaban. Ella se ha convertido a la nueva doctrina de ese hombre que, según dicen, acaba de resucitar, y ella misma me ha traído a Denás envuelto en una gran frazada, con las manos rotas y los pies destrozados, diciéndome: «ha de resucitar también». Muchos la acompañaban cuando vino por última vez y entre ellos un tal Janón a quien Denás le había tomado dinero en préstamo y que estuvo en la trama de Géster y mi hijo para saquear a Jerusalén.

Midena me ha dicho: «ten fe y espera, Denás volverá a la vida, el maestro lo ha dicho». Todos asintieron y hubo alguien que dijo haber oído a Jesús decirle a mi hijo: «estarás hoy conmigo en el paraíso»; por eso lo sacaron del sepulcro y antes evitaron que le quebraran las articulaciones al darle sepultura; tenían plena convicción en

las palabras del llamado «dios de los judíos».

Me pongo a reflexionar pensando en el significado que para mí tendría la resurrección de mi hijo y encuentro que ello es absurdo; prefiero que siga muerto a que me abandone por segunda vez para seguir al que le dio nueva vida. Para mi cariño de madre es un muerto irremediable. Una nueva partida, un abandono nuevo, sería un dolor al que jamás me acostumbraría.

No ceso de mirar el cadáver, está tendido a lo largo del lecho donde durmió por última vez. Observo sus barbas salpicadas de canas y me infunde gran respeto a pesar de que es mi propio hijo. La muerte siempre infunde respeto y por eso Denás parece más solemne y taciturno dentro de ese marco fétido que le rodea.

Dudo que un hombre en ese estado pueda resucitar, pero a pesar de ello siento necesidad de esperar algo en lo

que no creo, porque esperar significa tenerlo unos instantes junto a mí; tengo entonces la oportunidad de recordar aquel primer parto, a media noche, mientras los perros lejanos ladraban junto al pedregal amontonado cerca de las murallas. Mi esposo había muerto y Denás nacía en un pesebre, a la luz de las luciérnagas que pasaban y sin más compañía que un buey viejo de ojos vidriosos como noche de luna.

Nació un sábado y tuve miedo, porque el sábado es sagrado en toda Judea. Pensé que podía ser un castigo divino, quizás el pecado cometido por las generaciones que me engendraron había quedado pendiente en la cuenta de los siglos y Dios cobraba sin discusión lo que se le debía. ¿No me equivoqué? ¿No estaba errada en mi presunción? A los diez años de edad Denás sufrió el primer ataque de aquella enfermedad maligna que le hacía caer al suelo sin sentido por largo tiempo. No sabía

yo que hubiesen enfermedades de ese tipo y le bañé inmediatamente con el agua de un pozo cercano, entonces sus labios se llenaron de una espuma gris y su cuerpo se movía con extrañas convulsiones que hacían crujir sus huesos y sus dientes. Comprendí que había quedado reducido al marco de la inutilidad. Presentí entonces que mi hijo sería un nuevo pordiosero de esos que en los caminos de Bethania y Enmaús, siempre llenos de lázaros y tuberculosos, ladran a los transeúntes como perros sin amos que les suministren alimentos. Me había equivocado y ello me alegró. Denás no quedó en la vida como un inútil, en diez años más se hizo hombre y empezó a trabajar como alfarero aprendiz cerca de la gran puerta del este, donde la entrada de caravanas y comerciantes era mayor. Por dos veces le atacó aquella enfermedad endemoniada (porque dicen que es producida por demonios), y el

dueño de la alfarería, un tal José, le despidió a garrotazos por haber permitido que esos demonios de la enfermedad le sorprendieran a la luz del día y cuando el mercado estaba repleto de compradores.

Yo trabajaba. Repartía agua de pozo a las viviendas más cercanas, con ello ganaba lo suficiente para que comiéramos con escasez.

Una noche, cansada y llena de aburrimiento me dirigía en busca de descanso hacia el camino donde crecen los dátiles. Muy cerca de la ribera del riachuelo oí una voz lejana que sabía mi nombre. Hallé dulzura en aquella voz y descubrí que desde la muerte del padre de Denás nadie me había llamado de aquel modo. Volví el rostro y el hombre corrió hasta llegar a mi lado. La luna brillaba como siempre y mis pechos sudados despedían un fuerte olor a yerba requemada.

—¿Dónde vas? —me dijo,

—A ningún sitio —respondí.

—¿Quieres que bajemos por el sendero que conduce hacia Talara?

—Sí, no creo que habría nada malo en ello —y nos pusimos a caminar solos bajo el peso sagrado de la noche.

Yo le conocía desde hacía buen tiempo. Era fabricante de yuntas y tenía su casita propia cerca del pozo donde todos los días recogía yo el agua. Era joven, de aspecto tímido, siempre sonriente, me gustaba su comportamiento, y la sonrisa de su alma, iluminada por el frescor de las estrellas, era como el agua que espejea entre los cauces.

Quizás yo era una mujer madura para él, pero me gustaba oírle cantar y ver su torso desnudo haciendo fuerzas para levantar grandes troncos. Todo lo hacía maravillosamente. Esa noche mi hijo Denás estaría durmiendo. Y se sorprendió poco cuando más tarde supo que iba a tener un hermano

después de tantos años, porque mi joven amante y yo engendramos una niña a la cual llamé Midená.

No quise verlo más. A medida que mi vientre se abultaba un odio sin límites me llenó de espanto; mi vergüenza pudo haber sido mayor si no hubiese sido porque Denás no hizo mucho caso al suceso y ni siquiera me dio a entender que estaba disgustado. Llegó el momento del parto y observé en mi vientre una particularidad extraña, no era igual a cuando Denás nació; aquella vez mi vientre era liso y lucía como piedra pulida, ahora los años habían formado arrugas en mis caderas y no había lozanía ni encanto.

Desde que Midená vino al mundo, Denás comenzó a salir de la casa con más frecuencia y siempre regresaba con dinero o alguna cosa útil y vendible. «Los he ganado trabajando, madre», me decía. Luego lo supe todo: ¡robaba! Era un ladrón. Había decidi-

do ganarse la vida a su manera y no era yo quien se interpondría en su decisión de construir su propio destino. . . . Cuando un hombre que se cree inmerso en la inutilidad más terrible consigue un medio para vivir por su propio esfuerzo, lo mejor es dejarle con sus ideas, porque reprenderle y acusarle sería destrozar su ansia de vivir y su anhelo de superioridad ante las cosas del mundo.

Si Denás no me había dicho palabra alguna por el nacimiento de Midena; si jamás se había interesado por la procedencia de aquella hermana a la que ayudaba a sostener, tampoco debía yo preguntarle por la procedencia de aquellos objetos que él decía ganar en honrado trabajo.

Una mañana en que el viento comenzaba a ser fresco y las hojas de los árboles tomaban un perfume distinto, y se abrían las flores en los desiertos campos de Judea, cansada de ver la

indiferencia de mi hijo frente al crecimiento de su nueva hermana, me atreví a contárselo todo; entonces él me confesó que era ladrón de caminos y que lo hacía por ayudarnos a subsistir porque mi salud iba en descenso.

Aquella sinceridad nos unió con más fuerzas, pero llegó el instante en que ya no podía portear agua ni ayudar a los transeúntes con sus cargas. Midená había crecido mucho, era rozagante y tenía el mismo cutis de su padre. Me gustaba ver su tez roja como el fuego de brasas cuando sonreía o era sorprendida por mí haciendo alguna travesura.

«¡Un mesón de camino!»

Me llegó a la mente aquella idea, y vi que era buena; entonces, como mis fuerzas eran pocas y todavía nos quedaba sitio, decidí que nos reuniésemos los tres en una sola habitación, para que las tres restantes, aunque pequeñas, sirvieran de dormitorios a tran-

seúntes y mercaderes. Así logramos tener una entrada mayor. Desde aquel día mi hija se formó mujer entre risas de hombres grotescos y miradas llenas de maldad.

Pronto tuvimos que cerrar el mesón. La casa donde vivíamos iba a ser destruída, por allí debía pasar una vía enorme que sería paseo de gobernadores y gentes de nobleza. Deshabitaron todo el lugar y lanzaron a la calleja los muebles y objetos de aquellos que se negaron a salir y abandonar sus viviendas.

Consideraba yo que la idea era antojadiza. ¿Por qué precisamente aquella vía, igual a las de Roma, tenía que construirse en nuestros terrenos?

Decidimos, al fin, mudarnos, y la vía fue construída con piedras del desierto y con esclavos traídos de países muy lejanos.

Denás seguía su profesión con gran provecho, y yo me sentía íntimamente

alegre de que así fuera. Entonces pensaba que Dios no había olvidado mi rostro, y me arrepentí de haber pensado que Jehová castigaba al través de mí a mis antecesores. Aquel inválido era mi sostén mayor y, a pesar de su enfermedad, sabía cumplir conmigo cabalmente.

Para esa época la flexibilidad de mis brazos y piernas había disminuído, y mi corazón comenzaba a latir más lenta y pesadamente.

El Dios de Israel quiso que el premio a mi vejez fuese un enfermo que sabía quererme y atender todas mis debilidades de mujer aplastada por el peso de los años. Ahora comprendía por qué había yo actuado de cierta manera sin proponérmelo: si hubiese reprendido a Denás la primera vez que robó, si le hubiese convencido de que robar es un grave delito, él habría permanecido en la inutilidad más terrible y yo, desde mucho tiempo atrás, hu-

biese muerto por falta de atenciones. A veces el bien está sumergido en las profundidades del mal.

Denás sigue siendo útil no obstante su crucifixión y su muerte. Su cadáver representa un ejemplo de grandeza. Siempre hizo lo que creyó prudente, y mi única oposición a sus ideas era precisamente aquella que hubiera evitado su muerte en una cruz. «No seas seguidor de ese Jesús», le dije; pero él se empeñó, decía que la voz de aquel hombre llenaba un gran espacio en su vida. Nadie le hubiese hecho variar de idea . . . Ello le trajo la desgracia.

Quien le ve hoy, lleno de heridas y mal oliente, jamás pensará que fue un gran hombre y que por más de veinte años luchó para sostenernos. Para muchos es un simple ladrón; mas para esta pobre mujer dolorosa, para mí que soy su madre, es un héroe que se impuso en la vida y que, olvidando sus enfermedades degradantes, se hizo necesario para quienes con él convivían.

Si Dios me lo otorgó, el mismo Dios sabrá por qué lo han puesto en el camino de ese que dijo ser su hijo y murió crucificado en el Gólgota.

Midena me ha traído un cadáver para que ese cuerpo en que avanza la putrefacción sustituya su presencia en esta casa. Luego de entregármelo se ha marchado. Lo he perdido todo. Mis dos hijos me abandonaron para seguir a uno que nadie sabe quién es ni por qué arranca sus hijos a los padres. Han seguido a un hombre que predica la igualdad entre todos, cuando sabemos que eso es imposible mientras los césares sean amos de la tierra.

«Resucitará», me han dicho. No me gusta contrariar a los míos y espero pacientemente con la convicción de que mis últimas horas serán muy amargas.

La única vez que le oí predicar, Jesús decía que sus hermanos eran aque-

llos que le seguían y entendían y cumplían la palabra de su dios. «Hay que abandonar padre y madre para seguirme», dijo, y aseguran que ésto lo ha predicado también por toda Galilea.

Midena ha cumplido la prédica del llamado Cristo. Abandona una mujer inválida para seguir una doctrina que no sabe si es buena o mala. Despréndese de veinticinco años de cariño y sacrificios constantes para seguir algo que aun no tiene forma definida.

Si en vez de aferrarse a una creencia lo hubiese hecho de algún hombre poderoso que la sacara de la miseria, yo hubiese aceptado gustosa su abandono.

No creo en un hijo de Dios que necesita para su padre todo el amor de los humanos y que llega hasta el colmo de alojar a sus creyentes en la más terrible miseria amorosa para con los suyos. No creo en un hijo de Dios que pregona la desunión de las familias

ofreciendo reinos celestiales. Eso de ver a Dios como un gran avaro que necesita todo el amor de la tierra es sacrilegio y blasfemia.

Si hubiese sabido que esa prédica habría de amargar el final de mi existencia, hubiera puesto a mis hijos sobre las aguas del Jordán en una canasta de mimbre, tal como hicieron con nuestro padre Moisés; pero la vida es la mayor traición que soporta el rostro del universo.

Lo peor de todo es que los hijos son ingratos; persiguen un ideal, bueno o malo, y cuando lo creen conseguido abandonánlo todo, ignoran todo lo que antes quisieron y ciegos se aferran de aquella cosa sin forma ni estructura que tanto ansían.

Si Jesús ha resucitado, deben también resucitar todos los que por él y con él murieron. Los que por seguirle fueron muertos de sed e insolación en los caminos. Los que tuberculosos e

inválidos le siguieron con el afán de que éste les sanara y no pudiendo llegar a él cayeron en muerte por desesperación. Los que, como Denás, fueron sacrificados por su causa.

Dicen que le había dicho: «estarás hoy conmigo en el paraíso», y, sin embargo, está aquí, a mis pies, despedazado, pudriéndose, esperando demostrar con su resurrección que su abandono, que su ideal, que todo el martirio sufrido por su madre tenían una causa justificada y fundamental, aunque sólo para él y para su gloriosa fiebre de grandeza.

CUANDO DENAS ENFERMO, HACE cerca de dos años, quedamos desamparados. Vivíamos entonces junto a la entrada de Jerusalén, a pocos minutos de la ciudad. Denás tenía los ojos profundamente lánguidos y su barba no reflejaba en el día el canto de la luz como en otro tiempo.

Midena me dijo que había conseguido un trabajo en los días de la enfermedad de su hermano. Extrañaba que por ayudar a retejer lienzos y decorar alfombras le pagaran tan buenas sumas de dinero. Había semanas buenas y semanas horribles. Denás seguía con una fiebre enorme y constante-

mente sudaba y escupía. Vino a verle uno que, según afirmaban, conocía bien el arte de curar, y dijo que Denás debía irse cuanto antes a vivir cerca del mar. Entonces fue a Galilea y estuvo allí un par de semanas junto al lago grande y hermoso.

Midena conseguía ahora menos dinero, y gracias a Jehová, Denás volvió mejorado y con ansias de seguir trabajando. Lucía más fatigado; había conocido en Galilea a un tal Géster que nunca me gustó para compañero de mi hijo, porque a pesar de ser hijo de ricos le gustaba robar y era asesino.

Desde que Denás y Géster se unieron mi hijo comenzó a variar. Ya no había para mí el mismo cariño y a veces me levantaba la voz por cosas insignificantes.

Salió Denás una tarde hacia la ciudad en busca de dinero y regresó seis semanas después, mientras Midena trabajaba en Jerusalén con ahinco.

Cierta mañana encontré a mi hija vomitando frente al paredón que levantábase en la parte más lejana del patio; al verme se sorprendió y su rostro siempre claro y lozano varió de color, tornándose demacrado. También sus labios se hicieron descoloridos y tuve que llevarla a su habitación para darme cuenta de que estaba encinta.

Era terrible pensar eso de Midena. Nunca le conocí un amante y jamás pensé que fuese capaz de tomar un hombre por dinero. Luego ella misma lo confesó todo.

Mientras Denás estuvo enfermo servía de prostituta a los comerciantes de Jerusalén... Después de meditarlo mucho me convencí de que aquello nada tenía de malo. Me convencí porque necesitaba ya el dinero que ella depositaba en mis manos cada semana. Durante la ausencia de mi hijo, Midena creó en mí una necesidad, y esa misma necesidad me hacía ver las cosas más

oscuramente; de otra manera no hubiese permitido que mi hija adoptara esa forma de vida.

Abortó. No fue posible el parto y el feto lo lanzamos al riachuelo que pasaba cerca de Talara; caminamos más de un día para llegar hasta allí. Así quedó enterrado mi único nieto. El agua le dio sepultura y paz porque nació antes de tiempo.

Mi corazón se hinchó de improviso al ver el bulto atravesar la corriente hacia el fondo oscuro de las aguas. Ahora mi corazón es un fruto maduro que espera un gran viento de sangre para caer de su débil rama.

Denás lo vio todo con fríos ojos y temperamento cínico. «Seguirás de prostituta», le dijo a Midená, «no puedo seguir suministrando dinero día a día, las cosas han cambiado». Era verdad, y cada día se hacía más y más difícil la posibilidad de conseguir alguna mercancía, y venderla era engorroso,

porque para esa época los guardias averiguaban su procedencia.

Todo esto lo recuerdo con tal fijeza y claridad, que, al ver aquí al hijo de mis sueños, me da trabajo creerlo muerto y convencerme de que Miedena se haya acostumbrado con tanta rapidez a este nuevo tipo de vida que me tortura amargamente.

Los dos me ayudaron a subsistir y ambos han seguido bruscamente un mismo camino para dejarme terriblemente desamparada. Han elegido un camino que tal vez muy tardíamente yo empiece a comprender, porque mi deseo de vivir, que por mi edad no es muy vibrante, se va extinguiendo poco a poco en mi voluntad de mujer íntimamente destrozada.

Se ignora con firmeza, se desconoce el objeto que va a determinar el último momento de nuestra vida. Yo puedo asegurarlo, porque hace unos instantes me han traído la muerte mis

propios hijos. ¿La causa? . . . , una serie de creencias. ¡Quién sabe hasta qué día ha de durar la revolución causada por este hombre llamado Jesús, porque casi estoy segura de que habrán muchos muertos por su nombre, y muchas generaciones en pugna por seguir sus ideas! No quisiera que se extendiese la voz de ese hombre; pero mientras todos esperamos el fin de esa voz, los hijos arrebatados, las separaciones imprevistas, los muertos por seguirle han llenado de estupor a muchas familias y de maldiciones muchas bocas.

Yo no maldigo. Creo en Dios. Si ese hombre ha mentido al decir que es su hijo, recibirá su merecido como lo he recibido yo por haber vivido sin normas de vida pura y verdadera.

Cada uno viene a la tierra a realizar una faena diferente. Cada uno tiene que ser como le ordenaron ser. Hay para cada quien un destino; ese destino puede asemejarse al del llamado

«maestro»: separar a los hijos de los padres, traer la desgracia de amparar a unos para desamparar a otros; o puede ser como el de Midená: trabajar deshonradamente toda una vida para mantener una mujer sin futuro y sin designio divino, que no comprende la actitud del mundo que le rodea. Pero no somos culpables. No somos los hacedores del mundo ni tenemos más que una serie de posibilidades en espera del uso que se les ha de dar. Nadie puede pretender ser más de lo que sus posibilidades le exigen, porque la posibilidad es el máximo futuro que puede alcanzar el hombre. Sólo Jehová tiene en su justo centro esa magnífica cualidad con que obsequió a nuestro padre Moisés antes de su muerte. Sólo Jehová es eterno.

* * *

El mediodía ha pasado, ya la tarde comienza a depositar sus círculos de

luz sobre las ciudades de Judea. Denás sigue igual. Ahora las moscas rondan su lecho y he tenido que cubrirle enteramente. Siento un enorme miedo al saber que ya es imposible volver a verle. No quiero levantar nunca más el velo que cubre su rostro y estoy decidida a darle sepultura de nuevo.

Midena vendrá un día, y le diré que estaba equivocada, o tal vez no pueda hacerlo porque mi dolor habrá terminado conmigo.

No será posible enterrarle hoy, y, por ello, esperaré la llegada del nuevo día para muy temprano ocultarle para siempre de ojos humanos. El sol calienta los sembrados y hay muchas nubes grises sobre el horizonte.

COMENCE A TENER CIERTO TEMOR por Denás cuando estuvo por última vez lejos de nosotros. Fue hace unos meses, ¿dos, tres?, no recuerdo bien. Midená me dijo aquel día:

—Madre, tengo miedo, Denás acostumbra a venir temprano siempre y hace más de quince días que debía estar aquí. Desde la vez que desapareció por seis semanas no había sucedido esto.

—Es responsable, hija —respondí—, sabe que dependemos de él. Algo le habrá sucedido. Por esos caminos hay muchos asaltantes.

—¡Pero si él es uno de ellos!

—¿Quién te ha dicho que un ladrón no roba a otro ladrón? Alguien puede envidiarle porque es inteligente y audaz.

Midena sentía miedo por esa prolongada ausencia; yo percibía una especie de agotamiento angustioso, un tipo nuevo de presentimiento que me llevaba al pesimismo.

—¡Tengo miedo! —volvió a repetir.

Enseguida quise variar el tema de la conversación, pero casi me fue imposible.

—Cada uno vive como puede, Midena. Muchos hay que lo hacen como Denás, pero te aseguro que pocos le superan en valor y astucia.

Estábamos sentadas junto a la tosca mesa de madera resinosa. Ella miraba con dulzura y yo sentía el deseo de que no posara sus ojos sobre mí, porque aquella mirada parecía más de compasión que de cariño. Tenía sus pies descalzos y su gran pelo negro llegá-

bale hasta la cintura. A veces lo recogía en un moño enorme detrás de la cabeza.

Había que caminar rudamente para llegar a la ciudad. Jerusalén no estaba muy retirada, pero el sendero estaba lleno de riscos y pequeñas laderas pedregosas. Los arbustos molestaban las plantas de los pies al través de las sandalias. Se iba por un camino donde las lometas eran frecuentes y a menudo se tropezaba con facilidad.

Midena tenía que irse de mañana y esperaba muy temprano el paso por allí de un chico hacedor de mandados, así ambos podían servirse de compañía en el camino.

Eramos pobres, siempre lo fuimos. A costa de sucios mercaderes Midena lograba conseguir dinero. Su cuerpo amasado y grueso, sus duros senos de amplio pezón rojizo, lo mismo que sus nalgas redondas y blandas gustaban y dejaban complacidos a quienes la po-

seían. Nos habíamos acostumbrado a vivir de cualquier modo y Midená me narraba por las noches las aventuras del día con hombres de todas las clases. Era corriente todo eso y a veces reíamos por una que otra historia graciosa de la que, sin quererlo, fue protagonista.

Al anochecer estaba de regreso.

Había días de buena suerte, especialmente cuando venían caravanas de Sidón y Sarepta, pero sucedía muy esporádicamente, entonces podíamos hasta guardar dinero y comprar ropas nuevas. Esos hombres pagaban bien y sentían gran admiración por las mujeres judías. De improviso nos perseguían las horas malas; Jerusalén cerraba casi completamente el comercio y todos los negocios, incluso el de Midená, se veían torturados por la falta de dinero; entonces teníamos que pensar afanosamente en Denás, quien pa-

ra esa época se había convertido en un hombre buscado en toda la comarca.

No había cumplido yo los setenta años... hace de eso poco tiempo. Recuerdo que sonreía por cualquier cosa, y, aparte de mis hijos, no había problema para mi corazón... ¡Hoy todo se ha tornado tan distinto!

Yo estaba conforme con mis hijos y a pesar de mi vejez lograba realizar con eficacia todas las labores de la casa. Para los oficios siempre parecía tener diez años menos. Estaba confiada en que algún día saldríamos de aquella pobreza y suciedad, y precisamente esa idea coincidió con lo que Denás nos dijo esa misma noche.

Ya Denás no robaba en la ciudad porque muchos le conocían. Mejor prefería asaltar mercaderes; era peligroso, pero tenía que hacerlo. Géster le ayudaba, era quien se encargaba de buscar ayudantes cuando iban a robar grandes caravanas.

—¿Cuántos días hace que Denás se marchó? —pregunté a Midená.

—No recuerdo cuántos, sólo sé que hace más o menos quince días que debía estar aquí.

Recuerdo... , todavía era de madrugada y Midená se preparaba para su viaje diario. Aseaba con agua del tinajón su ancho cuerpo rojizo. Debajo de ella estaba la tina de madera hueca que siempre nos sirvió de bañera. Cualquiera que a esa hora pasase podría ver el hermoso cuerpo de mi hija. Su vientre hinchado, de masas compactas. ¡Toda ella es de un color rosa encendido!

—¡Debías bañarte con rapidez, se te hace tarde y perderás el hombre de la nueva tienda! —le grité con voz fuerte.

—Lo conozco bien —contestó ella—, es un embustero que ayer quiso estafarme después de estar durante largo tiempo conmigo.

—Pero de seguro hoy te gratificará, esos comerciantes son así; además, si no te paga saldrá perdiendo, eres de las que nunca se enferman.

—Eso sí, madre, tienes razón, pero a esa gente no le importa si una es o no sana, sólo les interesa divertirse un rato. . . quien mejor trabaja gana más.

—Adelanta, adelanta, que tardas mucho y tengo que bañarme también —le dije con voz imperiosa.

Me respondió diciendo que hacía mucho tiempo que no se bañaba enteramente.

—Eres la culpable —díjele—, por haber dejado pasar el sábado anterior sabiendo que el agua está más escasa cada día. El pozo de Ruth no tiene y el de la vecina más próxima amenaza con secarse de un momento a otro.

Mi hija salió vestida con su mejor túnica. Olía todo su cuerpo a un perfume que le habían regalado y estaba

muy parecida a como yo era cuando tenía muchos años menos.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Tengo el temor de que pronto habremos de mudarnos. Estoy temerosa de cosas sin sentido, pero lo estoy. . . Quizás es la falta de agua.

—Otras veces la hemos comprado.

—Pero esta vez hay poco dinero, hija.

Levantó sus labios a la altura de mi frente y depositó un beso tibio sobre mi piel sudorosa. Salió con rapidez al ver que el muchacho se acercaba con su gran vasija llena de leche de cabra destinada a ser vendida en la ciudad.

—Adiós, madre —dijo ahuecando sus manos en forma de ostra. Estaba ya en la orilla del camino.

—Haz lo posible por traer algún dinero, haz lo posible.

—No lo olvidaré, madre.

—Tengas buen día.

Partió esperanzadamente.

CUANDO MIDENA REGRESO A LA casa la luna hacía sobre el claro cielo un enorme anillo de plata. La recibí con indiferencia porque me hallaba sumamente cansada.

—Madre, nada he conseguido —fueron sus primeras palabras y aquéllas me violentaron de inmediato, pero supe contenerme. Mi inconformidad no apuntaba hacia Mídēna, sino contra la probabilidad de quedarnos sin alimento los días próximos. Mi hija no pudo conseguir un solo cliente en todo el día, ésto unido a la ausencia de Denás me desesperaba. Aquella misma noche comenzaba mi tragedia y yo, desde mi

vieja ignorancia, sonreía de nuevo tratando de resignarme.

Midena me informó que en Jerusalén corrían rumores de que una sangrienta revolución se acercaba. Se decía que un nuevo rey, hijo de judíos, estaba organizándola para liberarnos. Le puse desde el inicio de la conversación poca atención al asunto, pero más tarde Denás me convenció de que todo podía ser como se rumoraba.

Pasada media hora después de la llegada de Midena oí voces fuera y salí al portal con paso inseguro. Eran tres legionarios... y se acercaban decididamente hacia nuestra casa. Midena quiso quedarse presente a pesar de haberle dicho yo que debía esconderse. El corazón me dio un vuelco enorme... ¿Qué harían estos hombres, servidores del César, a esas horas en mi casa? ¿Cuáles eran sus propósitos? Nada bueno auguraban y muy pronto lo supe. El mayor de los tres, que pa-

recía el jefe, me informó bruscamente de todo. Antes de que cruzaran el umbral oí que uno de ellos dijo: «será difícil encontrarlo, dudo que le volvamos a ver, no estará, ni creo que sea tan estúpido para venir cuando sabe que le buscamos».

Enseguida pensé en mi hijo. Le buscaban; le habían sorprendido en algún camino y alguien les informó a esos soldados que vivíamos en aquel lugar su madre y su hermana. Todo comenzaba con la llegada de aquellos soldados.

La voz más dura y violenta que jamás haya escuchado golpeó nuestras espaldas ruidosamente:

—¡Hey, amiga!, ¿vive ahí Denás, el ladrón?

Nuestros rostros se tornaron pálidos y sentí que la luz huía del mío con presurosa tristeza. Un miedo súbito llenó de ruidos mi alma. Luego escuché que uno de ellos dijo refiriéndose

a Midena: «es buena comida, si no encontramos el ladrón nos la llevaremos a ella». El que dijo la frase lanzó una risotada enorme, ensuciando la noche. Un odio sin límites llenó de asco mis entrañas y entonces escupí.

—Vamos, ¿conocen o no al Denás ese? —inquirió de nuevo el mismo legionario poseedor de la voz dura y violenta.

—El Denás ese es mi hijo —respondí furiosa—, pero hace tiempo que no le vemos, y ya no nos importa mucho él.

—¡Ah!, ¿es tu hijo? —subrayó el más joven del grupo fingiendo inocencia—, le buscamos por haber dado muerte a un mercader muy cerca de aquí. Toda la ciudad le acusa de estafador y vil.

Yo pensaba que muchos de esos soldados fueron también estafadores y ladrones de camino.

—Hace días que no le vemos, guardia —contestó Midená—, y no creo que venga por ahora. Es mi hermano, pero ni mi madre ni yo le tratamos como tal.

—¡Vamos, c h i c u e l a asquerosa!, ¿crees que no te conozco?, eres ramera en la puerta del este, no trates de engañarnos. . . A la vieja no le pondremos la mano, pero a ti podemos azotar-te desnuda por incitar al desorden. ¡Debes saber dónde se halla el que buscamos!

—No sé, hace días que no viene —replicó Midená con firmeza.

El más viejo del trío, sudado y he-diondo a cabra montés, dio una orden con visible exaltación:

—¡Registren todos los lugares de la casa y si lo encuentran le daremos a éstas una zurra que recordarán mientras vivan!

Los hombres registraron con afán por las pequeñas habitaciones. Sus zandalias de cuero retejido se escucha-

ban chillar como grillos en la noche a medida que caminaban y lo ponían todo en desorden. Al fin, después de asomarse también sobre el paredón del patio, decidieron marcharse y dejarnos en paz, convencidos de que no mentíamos.

—No ha venido, es verdad —gruñó el más viejo, que tenía cara de cerdo—, pero cuando le agarremos perderá el pellejo tira a tira. Dile que se cuide —indicó a Mideda—; sabemos de otros muertos y sobre él recaen muchas sospechas. En el camino de Enmaús aparecieron también dos mercaderes muertos.

Los guardias salieron y mis piernas temblaban mientras mi sangre se hacía como un fino hielo que punzaba mis pies y mis adentros.

Todavía Mideda se atrevió a vocearles mientras se alejaban:

—¡Tiene que comer, y ustedes no le facilitan la comida, ni el César lo hace tampoco, ratas mal olientes!

Sus voces lejanas se perdían por el camino y siempre resonaba la oscura carcajada del pequeño y barbudo, un cara de cerdo que reía por cualquier cosa.

—Ahora estoy más segura de que nos mudaremos. Denás ha matado, se verá en grandes aprietos. Hace unas horas he visto a Jerusalén muerta. El comercio no iguala al de antes, quizás por eso tuvo Denás que decidirse a quitarle la vida a alguien... No importa que mate, esos ricos han vivido bien por mucho tiempo, comen sin hacer esfuerzos y es justo que también otros vivan a costa de ellos, porque también ellos viven de los más infelices y son casi siempre protegidos del poderoso. Los Pilatos y Césares nos han traído miseria y esclavitud. Las contribuciones desangran al pueblo y

nadie tiene valor para oponerse a tantas determinaciones impuras. ¡Quisiera ver a esos poderosos con una red al hombro, pescando en Genazaret! Para nosotros no hay buenas horas ni sosiego y hasta un soldado intruso puede desconsiderar nuestras casas. ¡El avaro de Pilatos pide y pide, indica con una mano los impuestos que cree convenientes y con la otra guarda riquezas y más riquezas en su cofre personal; ayer mismo he visto su nuevo carruaje tirado por seis caballos y cubierto con piedras preciosas y oro! ¡Es un avaro y un vicioso, madre!

Midena dijo esas palabras, y yo asentí. Era verdad, todos vivimos sojuzgados bajo el peso de una ley terrible que nos hace esclavos de gentes inferiores a nosotros. Tengo asco de los romanos, porque son ratas que se aprovechan de basureros y ruinas.

—¡Cuándo veremos a Denás! —exclamé desesperanzada.

—Dentro de unas horas —respondió Mideda— silbará detrás del monte como en otras ocasiones; iremos a verle y nos dirá lo que decida, y por qué ha cometido el crimen. Esta noche vendrá, estoy segura. Sabiendo que lo persiguen no dejará de enterarnos.

—No creo mucho eso del comerciante; pudiera ser que Denás profiriese alguna frase indebida contra el César y tomasen como pretexto lo del comerciante.

—Podría ser, madre.

—Enciende tú la luz, que la noche ha llegado plenamente —dije a Mideda— y ella hizo lo que ordenaban mis palabras. Tomó la pequeña lámpara y pronto el humo comenzó a deslizarse por las habitaciones, y los mosquitos huyeron despavoridos.

Me seguía molestando la forma en que se presentaron los legionarios, y pensé que podía ser lo que decía Mideda, pero también sabía yo que De-

nás era suelto de palabras y capaz de protestar por cualquier injusticia. Me parecía que había dicho algo que por ser verdadero y comprometedor para las autoridades debía callarse.

—El César tiene derecho a decir todo lo que le viene en ganas; se ensalza a sí mismo, y ordena que Pilatos y los jueces organicen fiestas en su honor. Se da derechos él mismo y nadie puede protestar. ¡Debía caerle el palacio en la cabeza! —dije con osado atrevimiento después de meditar lo que nos estaba sucediendo. Luego pensé que los esbirros del César podían darnos sus órdenes; pero no podían evitar que pensásemos mal y que le odiáramos con todo nuestro aliento.

—No me explico qué hacemos los judíos; qué esperamos para zafarnos de uno que nos domina desde tan lejos. . . Eso nunca me lo explico. ¿Cómo estando a tanta distancia puede dominar hasta aquí?

— No sólo hasta aquí, hija, su dominio se extiende por muchos mares. Según él, sus dioses le han dado ese privilegio y sus esclavos tenemos que creerlo, aunque tengamos un Dios legado por nuestro padre Moisés, un Dios que casi nos ha olvidado por completo.

Midena y yo terminamos la conversación bruscamente. Me preocupaba más que nunca el estado en que podía hallarse mi hijo. La llegada de esos soldados y el anuncio de aquella muerte me llenaban de profunda impaciencia. Ahora comprendo por qué sentí aquel temor enorme cuando me dijeron los guardias que Denás había matado. Algún día tendría que hacerlo y no me sorprendía; yo estaba de cierto modo conforme, a pesar de ello. De no ser por la muerte del mercader, él hubiese seguido robando en pequeña escala, como siempre; pero después de

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

aquella su ideal se hizo abarcador y consintió en dar un gran golpe que llenara su vida de riquezas... Luego vino el desengaño.

POR LOS CAMINOS DE JUDEA, Samaria y Galilea habíase entrado la noche enteramente. Los campos estaban iluminados hondamente y la luna redonda y amarilla comunicábase con los negros torreones y alcázares, dejándolos bañados de un fulgor extraño. Las estrellas parpadeaban como nerviosa plata en el cielo azul límpido, donde la luciérnaga podía confundirse con un lucero en triste movimiento.

Mi corazón de madre latió con fuerzas cuando sintió un largo silbido hendir, hacer trizas el silencio. ¡Yo conocía aquella señal; era Denás! Ambas cosíamos y remendábamos ropas vie-

jas y paños sucios, con nuestras largas agujas de bronce. De improviso dejamos a un tiempo mismo los quehaceres y nos miramos sorprendidas. . . ¡Midena no se había equivocado!

—¿Has oído, madre? ¡Es el silbido de él; está detrás del montecillo donde crecen las zarzas. . . iré a verle!

—Espera hija, llevaremos esta ho gaza —dije, tomándola del recipiente que la contenía. Era vieja y dura, pero si mi hijo tenía horas sin comer le serviría de mucho.

—¿Crees que puedes escalar el monte? —preguntóme Midena.

—Con tal de ver a mi hijo puedo hacerlo todo.

Midena empujó la puerta de madera resinosa y saltó al borde gris del pedregoso camino. Me daba más trabajo moverme, y tal vez era peligroso, pero debía verle.

Cruzamos un bosquecillo espeso y lleno de estaquillas secas; las zarzas y

romeros nos salían al encuentro adhiriéndose a nuestras faldas desgarradas y dejando en ellas su perfume montañés. Luego pudimos ver el flanco rugoso de una loma. Denás volvió a silbar. Comprendí que estaba detrás de la montañuela y quise acelerar el paso en la subida, pero me fue imposible. Midená iba muy adelante y yo sudaba copiosamente al hacer tal esfuerzo. El terreno era en parte arenoso y frágil, y nuestras sandalias resbalaban con facilidad.

Subimos la parte más espinosa y ruda. Midená llegó mucho antes que yo a la cima del sitio aquel tan escabroso. Me esperó, y comenzamos a bajar hacia el lado opuesto. Allí, en medio de la noche, sentado sobre una gran piedra estaba un hombre que pude reconocer con rapidez: ¡Denás... , mi hijo Denás!

Veo que las lágrimas que yo derramé no eran pocas cuando alcanzo a re-

cordar el fuego de sus ojos esa noche.

Se escondió al sentir nuestros pasos. El ruido pequeño y sospechoso producido por nuestras sandalias le hizo precaverse, pero luego nos reconoció y vino a nuestro encuentro lleno de júbilo, con una sonrisa enorme sobre el rostro tostado y frío.

Me pareció más alto que nunca. Su cara siempre flaca tenía un tinte alegre y luminoso. Entonces comparé su parecido con el de Midená, y vi que sus rostros eran casi iguales cuando sonreían.

Midená le habló antes de que llegásemos:

—¡Denás, Denás!, ¿eres tú?

—Sí —respondió—, bajen con cuidado para que los cardos no hieran sus piernas; ten cuidado tú, madre. . . estás vieja —dijo con tono cariñoso y luego me dio un gran abrazo tibio que recordaré mientras viva. Midená le abrazó también y estuvo junto a él

unos instantes. Luego noté que la luz extraña de su rostro se opacó, y su cara barbuda y larga quedó en sombras como una noche de tormenta.

—Hace una hora que han venido buscándote tres legionarios, dijeron que mataste a un mercader —le dije, sintiendo que el pesar me subía por las palabras.

Mi buen hijo arrugó el rostro y miró bruscamente a nuestro alrededor.

—Es verdad, madre, pero te juro que no hubiese querido hacerlo nunca.

—Los guardias dijeron que te arrancarán el pellejo —intervino Midená, y al oír esto pareció turbarse.

—Bah, siempre dicen lo mismo, llevan años tras de mí y no han podido hacerlo.

—Pero te conocen, saben quién eres, por eso han estado en casa. Presiento que te pasará algo grave, Denás; debes esconderte,

—¿Esconderme ahora?; en este preciso instante tengo a Géster en Galilea, espero dar el asalto más grande, más hermoso de mi vida, ¡nos haremos ricos! Cambiaré de nombre y mi enfermedad será curada en algún país lejano. ¿No sabes que el dinero lo transforma todo? Midená dejará de ser ramera, aprenderá otro oficio más limpio.

—Recuerda que madre está vieja, si te pasa algún accidente sería penoso —respondióle mi hija.

Denás enrojeció de ira y le vi un punto misterioso en la pupila.

—¿Y tú, para qué sirves? ¿Acaso no la cuidas? . . . Vendré rico de Jerusalén un día de estos, y se terminarán los robos y el pillaje.

—Esas deben ser ideas de Géster —díjele—, nunca me ha gustado tu amistad con él.



—¡Y qué le importan mis amistades, madre! ¿Acaso no le doy lo que necesita y me ve siempre que quiere?

—Hacía tiempo que no te veíamos. . . , necesitamos dinero, ¿el mercader? . . .

—No pude conseguirlo, trató de defenderse sacando un puñal, entonces yo le introduje mi daga en el costado. Todo fue en defensa de mi vida. Venía gente, me reconocieron. «¡Es Denás!», oí decir, y fui perseguido por bastante tiempo; al fin logré escabullirme.

—No sé cómo dices que vendrás rico de Jerusalén, cuando he ido a ella, y el comercio se ve triste y sin brillo.

—Jerusalén misma no sirve, ni sirven sus gentes, son perros con hambre —afirmó Denás—; mis planes son otros.

—La verdad es que me gustaría abandonar este oficio —agregó Medina—; tengo que soportar a muchos que ni siquiera me agradan.

Siendo su madre, no había yo pensado en eso. Después, discurrendo, me convencí de que debía ser muy triste su labor. Las veces que tuve un hombre a mi lado lo hice por agrado. Tuve más piedad de mis hijos; yo era culpable de haber llegado a la vejez desvalida e inútil.

—No debes tener tanta precipitación —dijo Denás—, la vida tiende a ser más complicada cada día; saldremos bien de todo. La muerte de ese mercader me ha hecho pensar en algo superior, y ese algo nos salvará de la miseria.

Miré extrañada a mi hijo. Nunca le había visto hablar con tanta seguridad. Dejé que continuase; era hermoso ver sus ojos iluminados por un mundo de esperanzas. Comenzó por matar a un comerciante y terminó muriendo en una cruz, creyendo en aquel que según él, le serviría de motivo para hacerse pudiente saqueando la ciudad.

—Se rumora que una nueva revolución amenaza con variar el curso de los acontecimientos. Un nuevo gobernante que pronto cambiará el destino de nuestro pueblo; es judío, tiene muchos adeptos y dicen que es de los que cuando hablan saben convencer. Ha estado ya en Jerusalén, pero su campaña verdadera la ha iniciado en Galilea, allí predica y promete cosas a los que sigan el camino de su reino. En la ciudad se rumora ocultamente que la liberación está próxima. Muchos esperan que este hombre llamado Jesús libere al pueblo judío. ¿Saben lo que significa una liberación? ¿Saben el filón que representa para Géster y para mí que haya cualquier movimiento de armas? ¡Es nuestra salvación, madre, nuestra salvación!

Se le había terminado la saliva, su lengua se deslizó sobre la superficie de ambos labios y prosiguió hablando de sus ensueños y proyectos. Me parecía

tan raro todo eso, que por un momento dudé de las creencias de mi hijo. Luego me repuse; Denás no podía estar cometiendo error alguno al tener plena confianza en que la revolución era inminente. Mi hijo estaba siempre al tanto de todo lo que sucedía en los alrededores.

—La guerra significa el moviemi-
to de toda la ciudad. Géster y yo esta-
remos atentos, para cuando la revolu-
ción se inicie disponernos a saquear
los comercios del centro de la ciudad;
desde luego, habrá quienes piensan
igual que nosotros, pero tengo la espe-
ranza de que no seremos los últimos
en precipitarnos sobre tiendas y mer-
caderes. Cuando todo haya terminado,
cuando se aplaque la revuelta, ya ha-
bremos obtenido lo necesario para salir
de esta tierra azarosa llena de pordio-
seros y tiranos. Nos importará poco
que el triunfo sea de uno o de otro, lo
que interesa es que la lucha se inicie

pronto, y que la sangre corra por toda Judea; es el único medio de salir a la luz, madre.

Estaba convencido de su idea. No podía rebatir su opinión sobre lo que debía suceder. De ser cierto aquello, nuestra salvación hubiese sido obligatoria. Pero no fue así, porque Denás cayó en manos de aquél que ni era rey, ni tenía el propósito de liberar a nadie, y que, sin embargo, varió el curso de su vida de una manera definitiva.

Midena oyó todo el plan con los labios entreabiertos de sorpresa, asombrada, poseída por un estupor cargado de inocencia. Luego, al ver que habíamos quedado mudas, mi hijo rió con fuerzas, y el eco de su risa penetró el centro oscuro de la noche. Denás reía siempre que notaba perplejidad en los otros.

Miró el cielo cubierto de estrellas y suspiró profundamente.

—¡Buena noche para echarse a dormir bajo los árboles! —dijo después de moverse lentamente hacia la piedra amplia que le había servido de asiento mientras nos esperaba.

—¡Sería magnífico! —exclamó Midená—. ¡Es una noche hermosa!

—Me gustaría ver la casa. ¿Cómo está?

—Siempre igual, Denás; sus dueños ni siquiera la limpian. . . Supongo que hemos de mudarnos pronto.

Quedó silencioso por un instante, luego murmuró:

—Todo depende de lo que diga Géster, si resulta contrario a mis planes tendremos que huir hacia Sidón o Sa-repta; no quisiera seguir aquí si fracasa lo que ya hemos planeado. Muchos me conocen y algún día tendrán que atraparme en cualquier camino.

Denás no era capaz de comprender que mi vejez era un manto de inutilidad para todas esas posibilidades. ¿Có-

mo podría yo viajar a sitios tan lejanos sin antes perder mi salud y mi vigor? Quise variar un poco la conversación como lo había hecho en otras ocasiones, entonces me referí a su deseo de volver a la casa.

—Es peligroso para ti llegar a la vivienda, pero creo que a estas horas no deben andar buscándote.

Sonrió, y sobre mí su mirada se hizo dulce y explicativa.

—Madre, los guardias están vestidos de paisanos, se rumora con insistencia lo que puede suceder si el pueblo se rebela contra el César. Muchos creen que el tal Jesús puede también ser un agente puesto para ver quiénes no creen en los de Roma, pero hasta la llegada de Géster nada sabremos.

—Será excelente que nos guíe un judío —dijo gozosa Midená.

—Sería igual, todos son iguales, prometen al principio, pero cuando se hacen cargo del poder olvidan todo lo

prometido e imponen su criterio personal. Este resultará igual que todos, estoy seguro de ello. Tendrá los mismos derechos que César, y de seguro las contribuciones serán mayores si es que triunfa, porque seguramente vivirá del pueblo hasta que todo llegue a normalizarse. No debe importarnos nacionalidad ni credo; que sólo nos interesen las posibilidades que puede brindar su llegada. . . Recuerda esto Miedena: sólo el dinero tiene suficiente poder para crearle felicidad al hombre, jamás otra cosa que no sea el dinero podrá hacerle nuevo en la vida.

Una vez más creí en él. Hablaba con propiedad. Le buscaban y por ello tendría que pensar bien en cómo no aparecer más por caminos y huertas. Aquel mercader le hizo pensar en un nuevo tipo de robo, y precisamente coincidieron los rumores de la llegada del nuevo rey con la muerte del comerciante. Parece cosa del destino.

¡Dios no puede castigar de esta manera a los que se encuentran en los finales de la vida! No creo que fuera un castigo, aunque nunca la duda me ha dejado en paz al recordar las últimas penas de mi existencia.

Denás esperó el suceso, y en verdad Jesús entró en Jerusalén como se había predicho, pero la guerra no fue necesaria.

—¿Dónde irás esta noche? ¿Dónde pasarás la madrugada, Denás? —le interrogué.

—Voy a casa de Janón en Bethania, él ha ofrecido prestarme dinero para realizar el asalto; es de los nuestros y nos ayuda para que nosotros también le ayudemos. Vendré mañana a esta misma hora y nos mudaremos; las mulas he de comprarlas si es posible esta misma noche. Janón está muy esperanzado con la noticia de la posible entrada de Jesús, ¡y hasta soldados es-

tán incluídos y silenciosamente de acuerdo con el asunto!

—Estaremos listas para mañana, iremos recogiénolo todo sin que nadie se dé por entendido.

—Nos iremos cerca de Bethania —agregó Denás al oír mis palabras—; yo les diré el lugar y me iré por otro camino. Lo mismo que hoy podrán escuchar mi silbido y a media noche estaremos en marcha.

Cansada ya de estar en pie arrimé mi cuerpo agotado hacia un tronco de cedro caído casi al comienzo del montecillo, y lo dejé reposar pesadamente sobre ambas nalgas. Me quité las viejas sandalias, y puse con delicadeza las plantas de mis pies arrugados y sucios sobre la superficie arenosa que circundaba al viejo tronco. Me gustaba sentir el frescor del suelo recorrer mi piel hasta llegarme a los huesos.

—Esta es buena tierra —dije casi para mí misma.

—Sí, madre —respondió—, buena para quemarla junto con todos sus habitantes.

No sé por qué pensaba eso, pero tampoco quise preguntárselo, no era el momento para ello, mi hijo estaba preocupado, largamente preocupado con su futuro más próximo, y cuando le cubrían esas preocupaciones contrariaba fácilmente las ideas de los demás.

—Esta misma noche iré a Bethania, prepararé los asuntos. La casita no está en la misma aldea, pero no hay que caminar mucho para llegar a ella desde la ciudad. Está oculta entre viñedos, te gustará madre, allí el riachuelo es más ancho que el de Talara, y las montañas son más altas y luminosas en el amanecer.

Me dio un beso en la frente, y abrazó a Midená; aquello era su despedida.

—¡Adiós, madre!

—Adiós, hijo, Jehová te guíe.

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

—Vayas bien hermana.

—Adiós.

Le vimos desaparecer con rapidez por un senderillo oscuro y lleno de árboles bañados de luna. Cuando le perdí de vista pensé inmediatamente en aquel nuevo lugar donde iríamos a vivir. Denás era bueno, sabía que mi árbol predilecto es el viñedo y que mi paisaje ansiado fueron siempre las montañas, porque me las imagino, al ver su reciedumbre, senos enormes que amamantan la inmensa redondez del cielo.

NOS HABÍAMOS MUDADO HACÍA cuatro o cinco días. Nadie supo nada, porque no hicimos ruido ni alarde al trasladarnos. De seguro las gentes de la aldehuela se asombraron al ver nuestra casa vacía. Salimos de noche, y como Denás trajo tres mulas cupieron casi todos nuestros objetos en ellas.

Tomamos Midená y yo un camino más directo, pues él prefirió andar oculto a pesar de que la noche le protegía, y antes nos explicó muy bien lo que debíamos hacer. Todo lo realizamos tal como él nos había indicado.

Cuando vi la casita tuve la impresión de que era lo que siempre había

anhelado. Detrás había un gran viñedo con muchos frutos en sazón, y a la izquierda se levantaban los más hermosos montes que jamás vieron mis ojos. También le gustó mucho a Midená, y de todas maneras aquello quedaba cerca de Jerusalén, porque no era en la misma Bethania, sino entre ella y la ciudad. Fue esta mi última residencia, o para mejor decir, será la última porque es donde estoy y desde donde veo el futuro sombrío que me espera.

El no hubiera creído nunca que habría de escoger ingenuamente un lugar tan bello para que le trajeran muerto ya de varios días.

Esperábamos con afán la llegada de Géster. Denás debía encontrarse con él en las afueras de la aldea y traerlo aquí, porque aquél no sabía nada en relación con la mudanza que realizamos. Durante varias noches estuvimos en espera de ambos, mas parecía que Géster había tenido contratiempos.

Midena iba menos veces a la ciudad por orden de mi hijo, y en esos días comenzó a sentir fiebres y escalofríos. Se tornó algo débil y pensé que no debía trabajar demasiado. Su debilidad había comenzado meses antes, pero la noté un poco tarde.

Al ver que Denás no llegaba temí por su vida otra vez, porque quizá podrían apresarle y darle muerte, y ello me colmaba de espanto. De todas maneras sucedió como yo lo presentí, no en aquel momento sino poco después, precisamente cuando más le necesitaba. Murió por seguir a uno que vio muy pocas veces en la vida y al que apenas conocía.

Sentimos aquella misma noche un silbido largo desgarrar el silencio. Mi vida se llenó de calma como un lago sereno. La luz se hizo tibia y azulada en los ojos de Midena, que corrió a recibirle. Abrimos la portezuela del patio, y Denás entró seguido de Géster,

mientras yo encendía la vieja lámpara de aceite, herencia de mis padres.

Al parecer, Géster y mi hijo no habían cruzado palabra en todo el trayecto, porque entraron apresuradamente uno muy delante del otro.

—Debimos estar aquí mucho antes —me enteró Denás—, Géster ha tenido tropiezos en el camino. La guardia pretoriana le reconoció y le han herido ligeramente el hombro.

Estas fueron las primeras palabras de aquella noche. Midená desnudó la espalda del hombre y le aplicó sobre la herida zumos de hojas medicinales que siempre teníamos en reserva, puso algunas vendas para evitar que la sangre derramada siguiera ensucianando las ropas de Géster. A pesar de su corpulencia y su musculatura había perdido mucho peso. Su elegante túnica de hombre poderoso estaba hecha girones, y, no obstante, sonreía siempre con una sonrisa anchísima que

le hacía parecer un adulator de Pilatos, porque éstos ríen así, como si se les obligara a hacerlo.

Cuando le iba a dirigir la primera frase oí un ruido sordo en la parte trasera de la casa, como si hubiese caído un enorme bulto violentamente. Hacia ese lugar se había dirigido Denás mientras mi hija curaba la herida de Géster, por eso corrí asustada, Midená y Géster me siguieron, y éste último traía en su mano derecha una filosa daga que brillaba en las sombras.

Encontramos a Denás con los brazos abiertos, revolcándose en el piso como un cerdo en la humedad del cieno. Volví, pues, a respirar con tranquilidad, aquello no era nada grave ni nuevo para nosotros, sino que su enfermedad de siempre le había sorprendido en la cocinilla de la casa. Le dije a Géster que debíamos esperar con calma a que se repusiera. Sus labios soltaban abundante saliva que le corría sobre el pe-



cho como un río enfurecido. ¡Era una enfermedad terrible!, pero Midená y yo nos habíamos acostumbrado y sabíamos que contra ella nada podía hacerse.

Géster permaneció inmóvil en un rincón, mientras yo pensaba cómo era posible que a Denás no le hubieran atrapado en un momento como ese. Aunque él sabía cuándo se acercaba ese instante, era incapaz de poder defenderse, porque contra las determinaciones divinas no hay fuerza humana que valga, y siempre me pareció aquella enfermedad el pago de mi ancestro culpable.

Volvió a sus sentidos, se limpió el rostro y el pecho, y mirándonos de soslayo, como cada vez que eso le sucedía, corrió a cambiar su vestimenta por una más limpia. Cuando regresó ya era el mismo de siempre. Había olvidado por completo el accidente de momentos antes y se disponía activa-

mente para la resolución del esperado plan. Estaba acostumbrado, para él aquella enfermedad era casi necesaria, formaba parte de su sentimiento, por ella había podido de cierto modo subsistir. Su enfermedad le ayudaba a recordar que podía haber sido un inútil durante toda su vida, y ese mismo recuerdo le instaba a demostrar lo contrario, por eso me agradecía oculta-mente que nunca le reprendiera.

—Vamos, Géster, ¿qué has visto?

—dijo entrando sigilosamente en la sala iluminada por el débil resplandor de la lámpara.

—He visto al hombre, nadie puede negar que tiene gran capacidad para convencer a los demás. Es una especie de tribuno pobre que predica la distribución equitativa de los bienes y el amor hacia el prójimo; los pobres están contentos con él, pero los ricos están recelosos de su palabra. Su voz es fina y parece no convencer desde un

principio, pero luego su cabeza llena de vivientes conceptos pone sobre su lengua una jauría de ideas innegables para quienes le siguen. Habla con parsimonia; es igual o mejor que cualquiera de los oradores romanos que hemos visto. Y hay en él una cosa muy especial, tiene discípulos, lo que indica capacidad de su parte —Géster hablaba mientras se iba acercando a una pequeña ventana que dejaba pasar hacia la habitación un gran trozo de noche perfumada.

—Para mí, fue un viaje fatigoso —continuó—, no pueden imaginarse ustedes los miedos que pasé. Samaria está erizada de enemigos y tuve que hacerme pasar por egipcio para que allí no me detuvieran, pues iban unos egipcios hacia Galilea. Luego, el regreso fue menos comprometedor, a pesar de algunos tropiezos con nativos. Los samaritanos nos tienen profundo odio.



—Prosigue con lo que nos interesa, te has alejado del asunto —musitó mi hijo Denás.

—La gente se arremolina alrededor de él, es capacitado y tiene buena táctica política; primero hace que la gente de toda Galilea le siga por caminos y barrancos, luego se detiene y todos le escuchan embelesados, así se da la importancia necesaria. ¡Si vieras cómo le respetan, te asombrarías! Habla de Jehová y dice que por medio de su hijo, que es él, Jehová se manifiesta plenamente; pero estas cosas en su boca no parecen herejías, porque hay en su voz seriedad y en sus gestos dulzura; nadie duda de lo que dice. Te aseguro que muchas veces tuve que contener las ganas de seguirle. Aquella voz cansada y débil es capaz de estremecer la humanidad entera como estremece a los galileos. Desde luego, te he dicho que hay quien le odia, y allí las autoridades no quieren hacer caso

omiso del asunto, porque saben que es peligroso para ellos. Habla poniendo ejemplos, y cuando no quiere decir las cosas directamente narra una historietita de moraleja difusa, como hacen algunos griegos que vienen al mercado, y esta moraleja es distinta completamente al caso que le ocupa, pero con ella todos se dan perfecta cuenta de que él se refiere a sus asuntos políticos o que critica los errores de Roma.

—Entonces, ¿lo crees capaz de armar una revolución?

—Nunca he estado tan seguro de ello. Jamás he visto ningún judío con tantos adeptos. Ya su entrada a Jerusalén está señalada, me lo ha dicho un tal Lucas que dice ser uno de los suyos; debemos estar alertas porque será nuestro mejor momento.

Denás, sonriente, preguntó:

—¿Cuándo Géster, cuándo?

—El domingo próximo, Denás.

—Me asombra que el pretor no haya tomado medidas contra ese hombre.

—Nadie que le vea puede pensar que es un agitador, su rostro inofensivo no tiene expresión de ser tal cosa, pero algunos me afirmaron que Jesús sabe milicia más que el propio César, y que sus padres fueron muy ricos; no he creído mucho esto último, porque más son los que afirman que es el hijo de un carpintero. Pero lo que sí es verdad es que nunca ningún otro político usó como base la prédica del bien y de la conformidad para ganarse adeptos; éste lo ha hecho, y casi a la perfección. Sus agentes ya están esparcidos por toda Jerusalén y avisan al pueblo ocultamente que su entrada será el domingo.

Midena se levantó de la banqueta donde se había acomodado desde el primer momento y entró al aposento de mi hijo.

—¿Sigue de ramera? —inquirió Géster.

—Sí, no sabe hacer otra cosa —respondí.

Después de pensar durante unos instantes, Denás habló:

—Creo que todo lo que has dicho nos favorece, pero, ¿quién quita que ese Jesús no sea más que un impostor con deseos de recoger dinero para luego desaparecer con los fondos recogidos?

—Lo he visto, Denás, no es capaz de hacer tal cosa. Es judío de corazón.

—Entonces, tú que sabes mejor —dijo Denás—, pondrás manos a la obra como creas; en ti deposito mi confianza. Si estás seguro de que es el domingo, nos veremos el sábado en casa de Janón.

—Dicen que pasará por Bethania, muy cerca de este lugar. Según uno de sus discípulos estará allí antes de entrar en Jerusalén. Desde Bethania po-

dremos seguirle hasta la ciudad; entonces se verá el resultado de tantos esfuerzos.

—Las mulas están listas, ahí detrás. Junto al brocal del pozo hay bultos vacíos y grandes fundas de tela gruesa. Janón me facilitó buen dinero.

—También yo necesito; trataré de verle esta misma noche.

—Sé considerado.

—El sábado en la noche en casa de Janón . . . , recuérdalo —dijo Géster, y salió con violencia hacia el camino que temblaba de frío y de temor bajo los pasos graves de aquel hombre gigantesco. Mi hijo le miró alejarse hasta el viejo dátíl de la margen opuesta, donde comenzaba a verdear un pequeño bosque.

—¡Madre, se acerca nuestra salvación!

—Ojalá sea, hijo.

Fueron mis últimas palabras de ese día. Recuerdo que no hablamos más,

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

porque al tercer día de la llegada de Géster decidió salir, y aun no me había dirigido la palabra. Estuvo durante aquellas horas hondamente preocupado, y no quise interrumpirle. Hoy le vuelvo a ver por última vez; le tengo aquí, en la habitación que él mismo escogió. Fue crucificado y todo aquel plan se volvió un fracaso. Cuando Géster vio que todo había sido en vano, huyó hacia Sarepta. Quién sabe dónde estará a estas horas. De lo que estoy segura es de haber perdido a mis hijos para siempre.

EL FINAL DE DENAS FUE EXTRA-
ño; de un momento a otro le vi con-
vertido en hombre bondadoso y estú-
pido. No podía explicarme que un
hombre siendo ladrón y asesino se tor-
nara benévolo sin abandonar sus tris-
tes quehaceres de malhechor; pero vi
con mis propios ojos que Denás supo
seguir siendo un bandido y que, a pe-
sar de ello, deseaba día a día hacerle
bien a los demás.

Todo sucedió así:

Regresó a casa hecho una furia. Me
narró todo lo que había sucedido en la
entrada de Jerusalén. Maldijo a todos
los dioses romanos y al Dios de los ju-

díos, y juró vengarse de ese Jesús que le había engañado tan fríamente, puesto que nada pasó a su entrada en la ciudad, y todo el mundo le recibió con palmas y vítores en vez de empuñar armas. Yo le aconsejé a mi hijo que olvidara sus deseos de venganza, pues no podía ni era justo tomarle cuentas a un desconocido que nada sabía de sus planes y que era ajeno a toda violencia.

—¡El tal rey es un pobre loco, madre; entró en un pollino a Jerusalén! Ojalá hubieses visto aquello; fue mi desesperación mayor. Esperaba ver asolada la ciudad en algunas horas, pero nada sucedió. ¡Todo era una farsa! Nos habíamos equivocado. Aquel hombre no era capaz de matar una mosca. Me hubiese gustado ir yo a Galilea, si hubiese sido así nada de esto hubiera sucedido. Géster fue un estúpido. Aquel Jesús, con su barba mugrienta me infundió piedad, y a pesar de ello

las gentes le seguían, y le recibieron con palmas, es un religioso y no un político, ¡la ambición cegó a Géster! ¡Era triste ver tantos y tantos seguir a ese impostor! ¡Mataré a ese Jesús, madre, mi daga rasgará sus carnes y le haré ver a esa multitud ciega que le sigue la verdad de ese que dice ser el hijo de Jehová!

Salió en busca de Jesús y quedé sola en la casa, muy llena de desesperación porque aquella aventura podría traer la muerte a mi hijo.

Aquella tarde regresó Midená de Jerusalén y pude ver algo misterioso en sus ojos, como una nube de tragedia para mí. ¡Sus primeras palabras me llenaron de estupor!

—¡Madre, un hombre me ha salvado!

—¿Salvado de qué? —respondí asombrada.

—Le oí preguntar por los pecados cometidos y no he podido resistir su

voz ni su prédica. Después de oír su sermón sobre los pecados sentí mi alma maravillada, le he dicho que soy una pecadora y que mi hermano también lo es. Entonces él me ha respondido: «aquel que se arrepiente y sigue mis enseñanzas estará libre de pecados por los siglos de los siglos», y yo me he arrepentido, madre. ¡Estoy libre de pecados! Es el hijo de Dios, madre, y hace milagros, y cura enfermos, y levanta los muertos, y sacando los demonios del cuerpo convierte pecadores en justos. No he de pecar jamás; no quiero seguir esta desgracia de amar a quien no amo y de darme a quien no me debo. No sé cómo haré para mantenerte, pero estoy limpia y nadie ha de volver a mancharme. Juro seguir al maestro hasta el fin del mundo. Nadie tiene más fe en él que yo, y nadie puede hacer por sus enseñanzas más que yo. Mi creencia reboza mi corazón, me llena de júbilo inaudito y siento como

si todos esos siglos de pecados que nuestras generaciones anteriores cometieron, y que tú tanto mencionas, se desplomaran en bien de las generaciones que vendrán. Tus pecados, los míos, todos serán barridos por la fe en éste que viene para salvarnos.

Quedé estupefacta. Aquel desconocido que Denás había llamado impostor comenzaba a ejercer su influjo sobre mi casa y mis pocas pertenencias. ¿Tendría Géster razón cuando dijo que era un hombre maravilloso? Parecía que era cierto, porque su poder atravesaba los campos, llegando a las casas al través de los hijos o sobre el viento suave que doblaba las vides.

Comprendí que mi hija estaba decidida. El abandono de sus quehaceres como ramera significaba su desamparo hacia mí, porque con lo ganado ella me ayudaba bien. Ahora temía yo por Denás, que había salido a darle muerte al hoy resucitado. Y esto me alegra-

ba en parte, porque así Midená podría convencerse de que su salvador era un simple hombre hecho de las mismas pasiones humanas que nosotras.

Cerré mis ojos y vi que el destino me era fatal, y que no debía oponerme al credo de Midená.

Denás regresó al día siguiente y tampoco era el mismo. Aquel hombre era un mago que transformaba todo cuanto se hallaba cerca de él. Las primeras palabras de Denás fueron de alegría:

—¡Madre, estoy curado!

Me llevé las manos al pecho. Sabía que la partida me la ganaba aquel Jesús de figura rígida y magra.

—¡Estoy curado!, en el momento de alzar la daga para herirle sentí que la enfermedad se alzaba contra mí, me escaló desde los pies hasta la cabeza, como siempre. Un ruido extraño llenó mi corazón. Me desplomé y la daga rodó por el polvo en medio de la multitud

que oía las prédicas; aquel hombre llamado Jesús, el nuevo rey que tanto anunciamos, se acercó, entonces sentí sus grandes ojos negros posarse en mi alma; sus pómulos salientes hicieron un movimiento al moverse sus labios para decir: «estás curado». Me levante, besé sus plantas, porque en verdad lo estaba; la enfermedad huyó de mí como huyen las palomas de los techos al sentir el ruido de las voces en el mercado. Todos se admiraron y alguien dijo que había hecho mal en curarme cuando yo había sido un infiel que había querido asesinarlo, y entonces él recogió mi daga, y entregándomela dijo: «lava tu daga del polvo recogido, y recuerda que una daga no lavada es igual a un árbol que prefiere crecer a orillas del riachuelo para dar sus frutos a las aguas. . . sólo en la tierra progresa la semilla». No comprendí bien aquello, pero quedé complacido y sentía un gran frescor en mis adentros;

después de caminar unas cuantas brazas se volvió y me dijo: «tus pecados te son perdonados».

Midena estaba presente cuando Denás dijo aquellas palabras y le abrazó con todas sus fuerzas. Habían encontrado una felicidad ajena para mí. Lo de la curación de mi hijo siempre lo he considerado falso, porque había días que la enfermedad le asediaba pasajeramente y entonces poníase en pie con gran rapidez. Jesús supo aprovechar aquellos instantes y Denás se creyó curado.

—¿Me quedaré entonces sin sustento? —dije a Denás.

—No, en vista de que nadie ha de darme trabajo, seguiré robando para mantenerte, pero he jurado repartir lo robado entre los pobres de Judea.

Aquellas frases pusieron fin a mi duda. Denás era buscado por haber dado muerte a un mercader. Lo consideraré atrevido al presentarse en públi-

co cuando Jesús le habló, pero ahora su atrevimiento era mayor, porque pensaba seguir robando en los caminos, como antes, sabiendo que le buscaban tenazmente. Me opuse rotundamente a sus relaciones con ese Jesús. Le expliqué lo que yo pensaba que había podido suceder con su enfermedad, le dije que su curación podía ser un truco. El contestó que estaba curado, que si robaba lo hacía por mí, pues ya no tenía necesidad de hacerlo, y que, después de cumplir con lo prometido durante algunos días, nos iríamos a Sarepta y allí trabajaría como hombre sano que era.

Una mañana, horas antes de conocerse la detención de Jesús, le apresaron por denuncias de un pobre a quien Denás le había regalado una gran túnica amarilla.

—Me la ha dado un buen hombre
—explicó el hombrecillo cuando le in-

terrogaron acerca de cómo la había adquirido.

—¿Dónde vive ese hombre?

—No sé, lo he visto hace un momento en casa de Janón el mesero.

Allí fueron los guardias y tomaron preso a mi hijo. Andaba desarmado y cuando lo llevaron frente a las autoridades todos convinieron en que debía morir porque era el mismo que había dado muerte a un mercader días antes.

Midena supo la noticia y yo también la supe. A Jesús le condenaron a muerte por alterar el orden público y predicar ideas contrarias al César, y mi hijo fue junto a él crucificado.

Muchos dicen haber oído cuando el llamado Cristo dijo: «tú estarás hoy conmigo en el paraíso». Ninguno de los dos estuvo aquel día en el paraíso, porque según afirman Jesús ha resucitado y hace tres días que dijo esas palabras; tal vez al mismo Jesús le costó trabajo resucitar, por lo que veo imposible la resurrección de mi hijo.

Midena me ha abandonado, pero de todos modos yo espero que Denás resucite, no porque el otro lo haya hecho, sino porque no tengo otra alternativa frente al desastre que ahora me destruye. Siento que ha sido posible la resurrección para el que se decía «hijo de Dios»; la posibilidad, en cambio, de que mi hijo repita el milagro es nula. Si alguno hiciese lo que hizo el «hijo de Dios» no tendría validez haber sido sacrificado por la humanidad, como dicen que lo fue. Nada hay más absurdo que esto. El que se deja matar para dar ejemplos de ese tipo tiene mucho de loco. Pero si es verdad que ha resucitado, no tiene nada de anormal que se haya dejado matar en una cruz; en ese caso mi hijo es mucho más mártir que él, puesto que murió por esas mismas creencias, consciente de que jamás resucitaría, ello me hace sentir orgullo a pesar de mi tragedia. Si Je-



sús cumple su promesa pondría a mi hijo a su misma altura, a la altura de él, que se dijo «unigénito de Jehová». Jesús no pensó bien en lo que dijo porque estaba agonizante en una cruz, pero luego de haberse dado cuenta de que resucitar a Denás es ponerlo en su mismo plano, ha decidido traicionarlo. Para el resurgimiento de unos es necesario el hundimiento de los otros. Denás representa la verdadera muerte, la muerte valedera; Cristo representa una muerte falsa, que se hace vida luego para dejar en penumbras a los que con él y por él murieron.

Si mi hija volviera a decirme que se queda junto a mí, no sería yo capaz de aceptar su oferta. Conozco la vida y sé que cada uno debe seguir el camino elegido. Debo, pues, sacrificarme. Antes he blasfemado frente a la decisión tomada por ambos, pero ahora comprendo que ellos sacrificaron gran parte de su existencia para vivir una

vida inauténtica, sin verdadero ideal y con una mira inferior: la de por medio de la obscenidad y el crimen mantener una mujer que no merecía sacrificios. No es posible que hoy, cuando creyeron haber encontrado la solución de sus problemas humanos, siguieran atados a mi vida, tan insignificante y mísera, tan corriente y vulgar como la de cualquier mujer inepta.

Este hombre ofreció, enseñó cosas nuevas, dijo que es necesario que los hijos abandonen a los padres, que su reino no es de la tierra, y todos los que siguen unidos a su recuerdo deben tener razón al buscar un reino alejado de Césares y tronos, un reino diferente, donde la ignominia humana no rijan las almas y la igualdad cubra todos los corazones. Aunque la humanidad jamás llegue a ver el espectáculo de un mundo como lo predicó este hombre, muchos serán los que, como Denás y Midená, lo abandonarán todo para ha-

cerse creyentes y fieles, porque no hay en el hombre una misión más sagrada que la de su creencia, ni un acto más sincero que el de su fidelidad. Mientras el mundo trate de ser fiel y sincero la esperanza y el deseo de lo divino serán infinitos.

¡Oh magnífico Jehová, perdona tú mi decisión! Perdona mi debilidad y mis iniquidades. Perdona el uso de mi sexo y el uso de mis hijos para resistir el combate de los años. Perdona mi determinación, porque he decidido morir aquí, junto al cadáver de mi hijo, para que mañana nos den sepultura juntos. Dale a Midená la fe necesaria y que su camino sea justo, franco y cabal. . . por todos los siglos de los siglos.

* * *

Las sombras de la noche cubrieron el cadáver del hijo y el cuerpo exhausto de la madre.

*Terminóse de imprimir
este libro de la biblioteca
"Novelistas de hoy", vo-
lumen VII de la colección
Arquero, en los talleres
de la Editora del Caribe.
C. por A., el 15 de agos-
to de 1960,
día de la Asunción.*

